

«SOMOS EL PRESENTE»

DISCURSO DE ACEPTACIÓN DEL PREMIO REY JUAN CARLOS DE ECONOMÍA

Xavier Sala-i-Martin

Columbia University, Fundació Umbele y Universitat Pompeu Fabra

«Somos el presente»

Discurso de aceptación del Premio Rey Juan Carlos de Economía

Majestad, amigas, amigos, señoras y señores:

Primavera de 1894. Todo el público londinense se encuentra en estado de conmoción porque Sherlock Holmes acaba de demostrar que el honorable Coronel Moran, héroe de la guerra de la India, es un peligroso miembro de la banda del profesor Moriarty y es también el asesino de Lord Adair. El Coronel trajo de la India un rifle innovador que funciona con aire comprimido, con el que disparó a Adair sin que nadie oyera el estallido. Esa innovación engaña a los investigadores de Scotland Yard, pero no al mejor detective de todos los tiempos, sabio conocedor de las últimas tecnologías armamentísticas. Solucionado el caso, un doctor Watson sorprendido se pregunta por qué hay gente buena y gente mala. Sherlock Holmes le responde: «Hay árboles, mi querido Watson, que después de crecer normalmente hasta cierta altura, de repente comienzan a desarrollar las formas más extravagantes, aunque son las mismas formas que tienen los árboles de los que descenden. Lo mismo puede verse entre los seres humanos: durante su desarrollo, el hombre representa a toda la larga serie de sus antepasados y toda inclinación súbita hacia el bien o hacia el mal debe atribuirse a alguna poderosa influencia recibida de sus antecesores. El individuo viene a ser, por decirlo así, el compendio de la historia de su propio linaje»¹.

Coincido con el gran detective de Baker Street y, al ser yo mismo el compendio de la historia de mi propio linaje, no soy yo, sino mi familia, quien merece el Premio Juan Carlos I de Economía, y es en nombre de mi familia y el mío propio en el que agradezco a su Majestad, a los miembros del jurado y a la Fundación Celma Prieto su concesión. Permítanme, pues, que dirija unas palabras a mis familiares en nuestra lengua propia, el catalán:

Us agraixo, per sobre de tot, a vosaltres, pare i mare, per tot el què m'heu donat a través dels anys. Sense la vostra llavor, la vostra educació, el vostre sacrifici, el vostre exemple i, sobre tot, el vostre amor; jo no hagués pogut fer res de tot això.

Gràcies, també, als meus germans Olga, Montse i Emili i les seves parelles i famílies per tot el suport rebut al llarg de la vida.

Tinc un deute especial amb la Cristina Illa, una companya fantàstica que va treballar molt per a que jo pogués estudiar i que em va donar el que més estimo al món: la Úrsula.

Finalment, gràcies a tu, Úrsula, perquè ets qui més has sofert les meves llargues hores de treball a l'oficina i els meus inacabables viatges per tot el món que han fet que tantes i tantes nits no pogués estar amb tu quan, abans d'anar a dormir em venies a fer un petò i em deies allò que, encara avui m'agrada tant: «Daddy, can you tuck me in?».

Abans d'acabar aquests agraïments familiars, m'agradaria dedicar aquest premi a dues persones que ja no estan entre nosaltres, però que sé que estarien molt contentes de poder estar avui aquí: el Ramón Oriol Martín Montemayor, el meu cosí favorit des que va néixer i l'oncle Joan Martín Pujol, responsable màxim de que jo seguís estudiant quan ho havia de fer i de que jo acabés sent l'economista que sóc.

Gràcies a tots. Gràcies, de tot cor.

1. Arthur Conan Doyle (1903).

Es un honor para mí formar parte de esa lista de ilustres economistas que han ganado el Premio Juan Carlos I antes que yo: Luis Ángel Rojo, Julio Segura, Miguel Mancera, Gabriel Tortella, Salvador Barberà, Enrique Fuentes Quintana, Guillermo Calvo y Juan Velarde. ¡Sí! Ya lo sé. Me he dejado a Andreu Mas-Colell. Pero lo he dejado expresamente porque Andreu merece una mención especial. No solo porque es el mejor economista estatal del último siglo, a cuyo lado los demás parecemos enanos, sino porque a Andreu me une una especial amistad. Es más, si bien es cierto, como apuntaba Sherlock Holmes, que todo individuo representa «el compendio de su propio linaje», no es menos cierto que también representa «el compendio de todos los maestros que ha tenido a lo largo de su vida». En este sentido, pues, Andreu también tiene una parte de responsabilidad en este premio, ya que fue y sigue siendo uno de mis maestros y guías espirituales. *¡Gràcies, doncs, mestre Andreu!*

Se podría decir que mi carrera empezó cuando, con 17 años, acabé el bachillerato y, con la extraordinaria visión de futuro que me caracteriza, decidí estudiar una carrera en la cual yo sabía que podía sobresalir y estudiarla en una de las mejores facultades de Europa, la Autònoma de Barcelona. Se podría decir..., pero sería mentira. De visión de futuro, nada. Fue todo un puro churro. Para empezar, yo no tenía ni idea de qué era eso de la Economía, porque estudié COU. Y como todo el mundo sabe, aquello era de todo menos «orientación» universitaria (siempre creí que la «o» de COU la habían puesto los ministros simplemente para demostrar que los gobiernos también tienen sentido del humor). Al no saber qué hacer, pregunté a mis padres quién era el miembro de mi familia que más dinero ganaba y qué había estudiado. La respuesta resultó ser mi tío Joan, quien había estudiado Económicas. Y esa es la carrera que escogí.

Lo de ir a la Autònoma de Bellaterra fue un azar geográfico, ya que, como recordarán ustedes, en aquella época los estudiantes éramos asignados a cada universidad por el Ministerio y el único criterio era el lugar de residencia.

En cualquier caso, la fortuna me sonrió y esas decisiones acabaron siendo extraordinariamente positivas e importantes para modelar mi futuro profesional. En la Autònoma de los años ochenta empezaban a converger muchos de los profesores que regresaban de haber estudiado en el extranjero y que, por lo tanto, entendían las fronteras del conocimiento y la investigación económica moderna. Intelectuales como Joan Martínez Alier, Xavier Calsamiglia, Josep Oliu (en una reencarnación que existió antes de dedicarse al negocio bancario en Sabadell) o Joaquim Silvestre, mi primer profesor de Microeconomía... y seguramente el mejor profesor que he tenido en mi vida. Joaquim tuvo una gran influencia sobre mí, no solo por la brillantez de sus lecciones, sino porque me despertó la curiosidad por la investigación económica y porque fue él quien me indujo a ir a estudiar el doctorado a Estados Unidos. Un buen día, Joaquim me vino a ver y me dijo: «*Has de marxar a estudiar als Estats Units*». Y así fue como, después de pasar un par de veranos haciendo de instructor de esquí náutico en Delaware para estudiar inglés —porque también fui víctima de aquel absurdo sistema educativo que creía que el francés (me refiero al lenguaje) servía para algo más que para alargar las ceremonias olímpicas—, me dirigí a la Universidad de Harvard, financiado por La Caixa, ¡a estudiar Microeconomía con el profesor Andreu Mas-Colell!

Acabado el primer curso del doctorado, el profesor Jeffrey Sachs me contrató para ir a trabajar a Bolivia, y allí mi dirección cambió de forma radical. La gran hiperinflación del 25.000% reducía la renta de unos ciudadanos de por sí extremadamente pobres. Por primera vez en mi vida vi pobreza y miseria de verdad. Allí me di cuenta de que el trabajo de los economistas tenía que ir mucho más allá de la elegancia de los modelos matemáticos y tenía que ayudar a toda aquella gente a salir de la terrible situación en la que vivía.

De vuelta a Harvard, pues, no me dediqué, como había previsto, a la Economía Matemática, sino que me especialicé en Economía Internacional y Macroeconomía con profesores como Jeffrey Sachs, Paul Krugman, Greg Mankiw, Rudy Dornbush y Stan Fischer. No cursé Economía del Desarrollo porque, en aquella época, ese campo estaba en manos de planificadores marxistas y gozaba de nula reputación académica. Tampoco estudié Crecimiento Económico porque la obsesión matemática de los años sesenta lo había matado y nadie se dedicaba a esa rama de la ciencia. Pero era 1986 y todo eso estaba a punto de cambiar. Efectivamente, un estudiante llamado Paul Romer acababa de publicar su *Increasing Returns and Long-Run Growth* y con él empezaba el renacimiento del crecimiento y desarrollo económico como área de investigación respetable². En medio de todo esto, Robert Barro llegó a Harvard y otra vez la diosa Fortuna se puso de mi lado, al ser yo nombrado su profesor ayudante. Digo diosa Fortuna porque, al no haber estudiado anteriormente Crecimiento Económico y al tener que dar clases de esa asignatura, decidí escribir unos apuntes para mi uso particular. Un buen día, Olivier Blanchard vio esos apuntes y me pidió que se los dejara para sus estudiantes del MIT. Los apuntes empezaron a circular y a circular por todo el mundo, hasta que llegaron a España de la mano de Antoni Bosch y se convirtieron en un libro, que se llamó (¡qué original!) *Apuntes de Crecimiento Económico*. Los apuntes sirvieron para que mis estudiantes aprendieran la asignatura, pero, sobre todo, me sirvieron a mí para hacer un mapa de toda esa rama del conocimiento. El mapa me permitió ver lo que se sabía y lo que no se sabía del tema de Crecimiento Económico y eso me condujo a escribir artículos para tapar todos los agujeros intelectuales que se veían. De allí salieron muchos artículos de investigación en colaboración con, entre otros, Robert Barro y Casey Mulligan, y un compendio de Economía del Crecimiento que Barro y yo publicamos en 1994 con el nombre de (otra vez, ¡qué original!) *Economic Growth*.

Al acabar el doctorado en Harvard me fui a dar clases a la competencia, Yale, hasta que un buen día me vino a ver Bob Mundell, profesor de la Universidad de Columbia y padre de la Teoría de la Moneda Única que sirvió para crear nuestro euro, y me dijo: «A man who wears fuchsia jackets can only live in New York City». Miré por la ventana de mi oficina de Yale y vi un bucólico paisaje con césped, árboles y vacas. Y me horroricé. Acepté la oferta de Columbia y al cabo de pocas semanas me mudaba a la gran ciudad, donde ahora tengo el lujo de ser colega del propio Mundell y, entre otros, de Rich Clarida, Ned Phelps, Michael Woodford y mi antiguo mentor, Jeffrey Sachs. En Columbia comparto la clase de Macroeconomía de primero de doctorado con una de las personas más inteligentes del mundo, a pesar de que es mi antítesis intelectual, Joseph Stiglitz. ¿Qué más puedo pedir? Bien... podría pedir... ¡formar parte de una de las mejores facultades de Economía de Europa! Pues también tengo esa suerte, porque, desde el año 1994, soy profesor visitante de la Universitat Pompeu Fabra en Barcelona. Allí cuento con numerosos grandes colegas y me he reecontrado con Jordi Galí, Andreu Mas-Colell, Xavier Calsamiglia y Joaquim Silvestre, además de muchos nuevos colegas de gran talla.

Una vez repasada mi carrera, me dicen los organizadores que debo explicarles un poco las razones por las que se me ha concedido el premio. La nota de prensa del sitio web del Banco de España dice que el premio era por mis estudios sobre el crecimiento económico y el desarrollo, la pobreza y la desigualdad, la productividad y la competitividad, el capital humano, la inversión, las finanzas públicas, la seguridad social y la economía monetaria.

Como no tengo espacio para hablarles de todo esto, me referiré solamente a las que considero son las dos preguntas más importantes que podemos hacernos los economistas en la actualidad. Digo que son las más importantes porque de su correcta respuesta depende el

2. Véanse también Lucas (1988) y Barro (1991).

bienestar de centenares de millones de ciudadanos. Las preguntas son: ¿por qué son pobres los ciudadanos africanos? y ¿qué se debe hacer para que dejen de serlo?

Hace doscientos años, el mejor indicador de si una persona era rica o pobre era su *clase social*. Durante milenios, en todos los países hubo una clase dominante minoritaria y una gran mayoría de personas que vivían básicamente en una miseria que solamente les permitía subsistir. El ciudadano medio del Egipto de los faraones o la Roma imperial (esos ciudadanos medios eran esclavos o agricultores) no vivía peor ni mejor que los ciudadanos medios de la Europa medieval (los siervos de la gleba), los granjeros de la América colonial o los campesinos chinos durante la dinastía Ming: todos vivían, o malvivían o sobrevivían con lo justo. Todos eran, esencialmente, pobres.

Hoy las cosas han cambiado radicalmente, porque el bienestar de los ciudadanos no depende tanto de su clase social, sino del país en el que viven: un taxista, un médico, un obrero o un agricultor en Estados Unidos o en Japón vive mucho mejor que un ciudadano con exactamente la misma profesión en Zambia o Mozambique. A pesar de que muchos analistas han argumentado que la globalización hace que las fronteras ya no importen, yo diría que importan más que nunca. Para entender, pues, por qué unos ciudadanos son pobres y otros ricos, debemos entender por qué unos países son ricos y otros pobres. En palabras de Adam Smith, la pregunta es «¿cuáles son las causas de la *Riqueza de las Naciones*?».

Las mejores mentes económicas de los últimos siglos han intentado responder a esa pregunta. El propio Adam Smith explicó en 1776 que la clave era la existencia de un marco institucional que garantizara el libre comercio, que permitía explotar las enormes ganancias de productividad que generaba la especialización y la división del trabajo. Los grandes científicos del siglo XVIII y XIX, entre los que destacaron Thomas Malthus y David Ricardo, pensaron que la necesidad de utilizar recursos naturales, como la tierra, hacía inevitable el fenómeno de los rendimientos decrecientes y que la prosperidad tenía sus límites naturales.

A principios del siglo XX, Joseph Schumpeter, observando el progreso de algunos países europeos y norteamericanos, fundamentó el crecimiento económico en el progreso científico y tecnológico. Schumpeter escribía más o menos al tiempo que sir Arthur Conan Doyle narraba las historias de Sherlock Holmes y, como he subrayado al principio, la idea principal del «Misterio de la casa vacía» era que la innovación que suponía la aparición de la escopeta de aire comprimido debía permitir al Coronel Moran asesinar a Lord Aldair sin que nadie escuchara el disparo desde la Casa Vacía. Además del aire comprimido, estaban apareciendo innumerables inventos en todos los ámbitos: el telégrafo, el gramófono, la electricidad, la automoción, la Coca-Cola, la cadena de montaje, la aviación, la radio, el teléfono, el cine, los cucuruchos de vainilla, la teoría de la relatividad, la televisión, el yoyó, el helicóptero, el radar, la producción industrial masiva o... ¡el bikini de dos piezas! Schumpeter nos dejó un dramático y lúcido análisis del progreso tecnológico, en el que las empresas intentaban robarse cuota de mercado las unas a las otras no a través de bajar precios, sino a través de la innovación, en lo que famosamente catalogó como «creación destructiva». Las sociedades que progresaban se dotaban de un sistema legal que garantizaba esa propiedad intelectual, que incentivaba económicamente a investigar y descubrir nuevos productos y mejores procesos productivos. Las ideas de Schumpeter están hoy, en 2004, más vivas que nunca y debemos entenderlas si queremos progresar en el tema de la creación de vacunas contra las pandemias de sida y malaria, de las que hablaré después.

Con la Gran Depresión llegó el interés por la inversión en capital físico e infraestructuras, de la mano de Roy Harrod y Evsey Domar. La idea consistía en que la clave del progreso era, como

nos decían nuestras abuelitas, el ahorro y la inversión. El gasto en inversión debía generar crecimiento económico. La idea cuajó... ¡y de qué manera! Por un lado, los países socialistas que basaban su economía en la planificación central tenían en la inversión la base del crecimiento económico: invertir en electrificación, carreteras, comunicaciones, urbanización, fábricas, puertos y aeropuertos. Muchos creyeron que la superioridad del sistema socialista en relación con el capitalista era, precisamente, el hecho de que el planificador central podía obligar mucho más fácilmente a sus ciudadanos a ahorrar e invertir una mayor parte de su renta.

Por otro lado, la idea de la inversión como motor del desarrollo llegó a Occidente. Y, concretamente, al número 1900 de la Pennsylvania Avenue de Washington. ¡No! No se trata de la Casa Blanca (esa está en el número 1600 de la misma avenida), sino del Banco Mundial, esa institución creada después de la Segunda Guerra Mundial para fomentar el desarrollo del Tercer Mundo. El Banco Mundial se inventó el llamado «método del *financing gap*», que consiste en lo siguiente: primero se decide la tasa de crecimiento deseado para un país, seguidamente se estima la inversión que se requerirá para conseguir ese crecimiento (aquí está la relación entre inversión y crecimiento) y después se calculan los ahorros disponibles por parte de los residentes; finalmente, la diferencia entre la inversión requerida y los recursos disponibles en el país es el dinero que el Banco Mundial, tiene que financiar. Tan profunda fue la huella que Harrod y Domar dejaron en el Banco Mundial, que todavía hoy se utiliza este método para decidir la magnitud de las ayudas concedidas por esta institución.

Al tiempo que Harrod y Domar hablaban de inversión, una serie de autores liderados por W. W. Rostow propuso una interesante idea que, desde mi punto de vista, no ha recibido suficiente atención en los últimos tiempos: el proceso de desarrollo y crecimiento económico está formado por diferentes «estadios». Rostow propuso diferentes estadios, que preparaban a la economía para invertir en capital físico y conseguir un «despegue» económico. Esa idea concreta es, sin duda, demasiado simple y desacertada. Lo que sí parece razonable es pensar que las políticas e instituciones que una economía pobre debe enfatizar no son las mismas que las de una economía más desarrollada. Lo que funcionaba en España en 1960 no tiene por qué funcionar ahora. Lo que necesita España ahora para ser competitiva y crecer (que seguramente es fomentar la innovación) no es lo que se debía fomentar hace cuarenta años. El concepto interesante que hay que retener de la Teoría de los Estadios de Desarrollo es que las políticas e instituciones «ideales», pues, dependen de cada país y de cada momento del tiempo, y que un mismo patrón no puede ni debe aplicarse a todos y siempre.

La revolución neoclásica que empezó Paul Samuelson acabó llegando a la Teoría del Crecimiento de la mano de Robert Solow y Trevor Swan a mediados de los años cincuenta. Los neoclásicos combinaron eficazmente los legados de la Teoría clásica de Rendimientos Decrecientes, la visión schumpeteriana del progreso científico y la hipótesis de Harrod-Domar del capital físico como motor del desarrollo económico. Los modelos fueron generalizados por David Cass y Tjalling Koopmans, que adoptaron los métodos de optimización dinámica de Frank Ramsey. Los teóricos matemáticos terminaron por adueñarse de esta rama científica y su obsesión por el purismo matemático acabó haciendo de la Teoría del Crecimiento una herramienta elegante... pero poco útil en práctica política y empírica. La rama más importante de la ciencia económica murió justo cuando las expectativas racionales pasaron a dominar las clases de Macroeconomía de todo el planeta.

A mediados de los ochenta, el crecimiento económico renació de la mano de, entre otros, Paul Romer, Robert Lucas, Robert Barro, Philippe Aghion, Michael Kremer o Elhanan Helpman. Se reintrodujo el progreso tecnológico como motor del progreso económico y se estu-

diaron los mecanismos prácticos para inducir a las empresas a realizar investigación en las áreas que más interesan a la sociedad (como sería, por ejemplo, el desarrollo de una vacuna contra el sida o la malaria en la actualidad). También se habló del capital humano y de la inversión en las personas (en educación y en salud). Se estudió el papel del comercio internacional (o, en terminología popular, la «globalización»), de las instituciones como son la garantía del imperio de la ley, la corrupción, la burocracia, el tamaño del gobierno y las distorsiones que este introduce en la economía, la estabilidad macroeconómica y la inflación, la existencia de mercados negros y economía sumergida, la inseguridad ciudadana, el papel del sistema financiero e incluso el papel de la geografía.

La lección más importante que debemos aprender de estos dos siglos de investigación económica es que no existen fórmulas mágicas. Ninguna de estas teorías es cierta por sí sola. Todas y cada una de ellas tienen sentido y muchas de ellas podrían ser ciertas simultáneamente. Es más, la Teoría de los Estadios del Desarrollo nos dice que unas de estas hipótesis pueden ser ciertas para algunos países en algunos momentos de su historia y otras pueden ser ciertas para otros países u otros momentos. Por ejemplo, el problema del crecimiento económico de la España actual puede ser la escasa inversión en tecnología o la falta de competencia real en algunos sectores. Que eso sea cierto no quiere decir que Zambia tenga los mismos problemas, ya que Zambia se encuentra en otro estadio de desarrollo en el que lo más importante puede ser la educación primaria, la salud pública y el mantenimiento de los derechos de propiedad, la ley y el orden público.

Digo todo esto, aunque pueda parecer obvio, porque la metodología empírica utilizada por los economistas para averiguar la «verdadera fuente del crecimiento económico» se ha basado en construcciones econométricas clásicas consistentes en hacer tests de veracidad. Es decir, en contraponer una teoría (o hipótesis nula) a las demás (hipótesis alternativas), sin dejar la posibilidad de que todas las hipótesis sean ciertas simultáneamente o de que los efectos de una variable sean distintos para países en diferentes estados de desarrollo.

En una de mis más recientes publicaciones (realizada con mis ex-estudiantes de Columbia Gernot Doppelhofer y Ron Miller)³, desarrollamos una metodología econométrica (llamada «Bayesian Average of Classical Estimates», o BACE) que permite analizar la contribución de muchos factores distintos al crecimiento de las naciones. Lo que intentamos es averiguar *todos* los elementos que han funcionado en los países que han tenido éxito y todos los que no han funcionado en los países que han fracasado, aceptando el hecho de que el que un factor sea importante no implica que otros no lo sean. No hacemos y no queremos hacer tests de teorías, sino que, de alguna manera, dejamos que la «historia de las naciones» sea nuestra guía. O, como dice un antiguo proverbio chino:

前事不忘 后事之师.

Volviendo al tema que nos ocupa: ¿qué nos dice la Econometría sobre el subdesarrollo de África? Pues, como era de esperar, nos dice que existen muchos factores determinantes del evidente fracaso económico de casi la totalidad del continente. Destacaré algunos.

Estabilidad y seguridad

Un primer elemento incuestionable, aunque a menudo ignorado por los análisis académicos, es el de las guerras y la violencia. Aunque sea una obviedad, déjenme que les recuerde que la economía no puede funcionar en un país plagado de conflictos bélicos, donde la incertidum-

3. Sala-i-Martin, Doppelhofer y Miller (2004).

bre de la violencia desincentiva la inversión local y donde la posibilidad de que ejecutivos sean secuestrados ahuyenta la inversión internacional.

Dicho esto, recordemos que, entre 1960 (más o menos el año de la independencia) y hoy, la lista de países africanos involucrados en algún tipo de guerra es, por orden alfabético, la siguiente: Angola, Argelia, Benin, Burkina Faso, Burundi, República Centroafricana, Chad, Costa de Marfil, República del Congo, República Democrática del Congo (antiguo Zaire), Djibouti, Eritrea, Etiopía, Guinea-Bissau, Guinea-Ecuatorial, Liberia, Libia, Madagascar, Mauritania, Marruecos, Mozambique, Namibia, Níger, Nigeria, Rwanda, Sierra Leona, Senegal, Somalia, Sudáfrica, Sudán, Togo, Uganda y Zimbabwe. Es decir, casi todos los países africanos han sufrido conflictos bélicos en los últimos cuarenta años. Algunas de estas guerras fueron cortas, algunas duraron décadas... y otras todavía perduran.

Salud pública

Un segundo elemento distingue a África del resto de los continentes: la salud pública. En las zonas tropicales está resurgiendo la plaga de la malaria (después de décadas en que estuvo a punto de ser erradicada gracias a la utilización de DDT, un insecticida que parecía funcionar pero que pasó a ser el blanco de movimientos ecologistas, hasta que su prohibición se generalizó). Últimamente, el mosquito transmisor, *Anófeles gambiae*, está desarrollando resistencia a los pesticidas y el protozoo que causa la enfermedad, el plasmodio, está desarrollando resistencia a tratamientos tradicionales, como la quinina. La combinación de estos dos factores hace que los índices de malaria se hayan vuelto a disparar en los últimos años.

A eso hay que sumar la aparición del síndrome de inmunodeficiencia adquirida (el sida), que tiene una gran incidencia en el sur del continente (Botswana, Sudáfrica, Lesotho, Namibia, Swazilandia y Mozambique parecen tener incidencias de cerca del 30% de la población). A diferencia de lo que ocurre en los países ricos, los pacientes africanos no tienden a ser ni homosexuales ni drogadictos, sino heterosexuales (mayoritariamente mujeres) que no utilizan jeringuillas y que transmiten el virus VIH a través del contacto (hetero)sexual.

Las consecuencias económicas de la pandemia del sida y la malaria son incalculables: 14 millones de huérfanos de sida deambulan por África sin la ayuda (económica y moral) que dan los padres; la esperanza de vida vuelve a subir después del progreso experimentado durante el último siglo y eso reduce los incentivos de los ciudadanos a estudiar, a ahorrar y a invertir; las empresas abandonan el continente debido al elevado coste de educar a una mano de obra que no llegará a la edad de 30 años; la sanidad acaba devorando el dinero del erario público y reduciendo la capacidad de invertir en necesarias infraestructuras. La malaria y el sida tienen, en definitiva, efectos económicos negativos que van mucho más allá del simple problema sanitario.

Y aquí es donde debemos darnos cuenta de que los países africanos necesitan la ayuda internacional. En general, yo siempre he sido partidario de la autoayuda como motor del crecimiento económico, ya que ningún país en la historia de la humanidad ha salido de la pobreza solamente a base de la ayuda y la mendicidad. Pero la situación africana actual es muy distinta, porque los africanos no tienen la tecnología biomédica ni el capital humano necesarios para afrontar este grave problema de salud pública. Un país como Mozambique, con una población de 18 millones de habitantes, de los que el 30% pueden estar infectados con el virus que causa el sida, tiene un total de 40 médicos. La industria farmacéutica africana es inexistente. A corto plazo, la falta de capital humano se puede paliar parcialmente con actuaciones como las de Médicos sin Fronteras. A medio plazo, los países ricos deberíamos dar, abrir y facilitar el acceso de jóvenes africanos a nuestras facultades de Medicina. Pero, a la

larga, la única solución es el descubrimiento de vacunas o medicinas que curen esas enfermedades.

Parece mentira que los científicos hayan sido incapaces de descubrir una vacuna contra la malaria después de tantos años⁴. Una explicación es que los científicos son más inútiles de lo que parece. Homer Simpson mostraba su escepticismo por la ciencia cuando, al encontrarse a un profesor, le espetó: «Si sois tan listos y podéis ir a la Luna, ¿por qué no podéis conseguir que no me huelan los zapatos?». Es decir, si lográis inventar cosas tan complicadas como naves espaciales que visitan otras galaxias y envían fotografías a nuestro planeta, ¿cómo es que no podemos solucionar un problema que se transmite con la picadura de un mosquito? Normalmente estoy de acuerdo con el gran Homer, pero en esta ocasión no creo que se trate de incapacidad científica, sino de incentivos económicos. No se ha descubierto una vacuna contra la malaria porque afecta únicamente a países tropicales⁵, países que, con pocas excepciones⁶, son pobres. Al afectar principalmente a países pobres, el negocio que las farmacéuticas pueden esperar de invertir en soluciones al problema de la malaria es diminuto.

El problema del sida es parecido. Aunque empezó en Estados Unidos a principios de los ochenta y a pesar de que pronto se extendió a Europa, el 95% de los infectados por el virus VIH actualmente se encuentra en países subdesarrollados, la mayor parte de ellos en África. En Europa y EEUU se han encontrado maneras de evitar que las víctimas del VIH desarrollen el sida a base de utilizar cócteles de pastillas antirretrovirales. El problema es que el virus VIH muta muy rápidamente y, por lo tanto, requiere un control y un seguimiento médico muy estricto, para asignar el cóctel de pastillas exacto que necesita cada cliente en cada momento. El tratamiento antirretroviral que funciona en Europa o Estados Unidos, pues, no es viable en países donde la escasez de médicos es notable y, en particular, es inviable en África. Un segundo problema derivado de la rápida mutación del virus del sida es que el tipo de virus que actualmente infecta en África no es el mismo que el que se encuentra en los países desarrollados. Eso quiere decir que los ciudadanos africanos podrían no beneficiarse de las potenciales soluciones que se encuentren en el Primer Mundo.

Tenemos, pues, que dos de las pandemias actuales (sida y malaria) afectan principalmente a los países pobres. El problema es que quien está mejor equipado para desarrollar soluciones biomédicas es la industria farmacéutica y esta no lo va a hacer por sí sola si no ve los beneficios económicos. Tenemos que encontrar, pues, una solución que compagine el interés de la industria con el interés de la sociedad. Un grupo de economistas liderados por Michael Kremer (entre paréntesis, un ex-alumno mío) propuso la creación de un fondo de dinero que se debía utilizar para garantizar a los investigadores que se comprarían miles de millones de vacunas a precio de mercado. Las vacunas serían, consiguientemente, regaladas a los pacientes africanos que no pudieran pagar el precio. De esta manera, se darían los incentivos necesarios para que las empresas dedicaran recursos a la investigación de soluciones biomédicas para la malaria y el sida y, por otro lado, se conseguiría garantizar el acceso a las vacu-

4. Es interesante recordar que la malaria es un problema milenario que ha tenido un gran impacto económico a través de los años. A finales del siglo XIX, Estados Unidos tuvo que desistir de construir el canal de Panamá porque esa enfermedad mataba a los trabajadores. En 1904 volvieron a la carga, pero solo después de drenar los lagos de agua dulce, de exterminar las larvas de mosquitos, de poner mosquiteras en todas las casas habitadas por trabajadores y de proveer de quinina a todos los trabajadores. 5. En los países no tropicales no puede haber malaria, porque el número de días que vive un mosquito depende de la humedad y de la temperatura. En países no tropicales la esperanza de vida de los mosquitos que transmiten la malaria (los mosquitos anófeles) es inferior al ciclo reproductor del protozoo plasmodio, por lo que, una vez que el mosquito ha picado a una persona infectada, su corta esperanza de vida no permite que el plasmodio se reproduzca en su interior antes de volver a picar; por ello, la malaria no se puede contagiar en esos países. 6. Las excepciones son Hong Kong y Singapur, que tienen una población total de unos 10 millones. En realidad, también está Brunei, pero ese es un país diminuto, habitado por el Sultán y sus múltiples esposas e hijos, que suman un total de 320.000 personas.

nas por parte de los ciudadanos más pobres del continente africano. Inicialmente la idea se acogió con frialdad, pero pronto Bill Gates puso millones de dólares en el fondo. En 2001, la ONU adoptó (parcialmente) la idea y creó el Global Fund for AIDS, TB and Malaria. Tras un lento despegue, el Fondo ha acumulado ya cerca de 5.000 millones de dólares con la colaboración de algunos gobiernos y, sobre todo, de filántropos privados, entre los que destaca la Bill and Melinda Gates Foundation, a los que últimamente se han sumado personajes significativos, como el cantante de U2, Bono. El *fondo* de las Naciones Unidas se está utilizando para incentivar la investigación, pero también para generalizar los tratamientos antirretrovirales en amplias zonas del continente. Hace solamente un par de meses, la Malaria Vaccine Initiative (financiada por la Gates Foundation) encontró una vacuna candidata que parece reducir la incidencia de malaria en niños de entre 1 y 4 años.

Parece, pues, que hay un atisbo de esperanza en que la catástrofe sanitaria que acecha a África no se acabe de materializar.

Inversión

Un tercer problema de las economías africanas es el de la inversión. Los países africanos invierten cerca del 5% de su PIB. Eso contrasta con más del 20% en los países de la OCDE y más del 30% en los países asiáticos que experimentan alto crecimiento. Lo peor del caso es que la mayor parte de la inversión es pública. Y ya se sabe que la inversión pública tiene la nefasta tendencia a ser esencialmente inútil. Un grotesco ejemplo lo tenemos en Nigeria, donde, un buen día, el gobierno decidió crear una empresa pública de acero en Ajaukuta. Se han gastado ya más de 5.000 millones de dólares en inversión pública y han pasado 25 años desde el inicio del proyecto. Amigos de diferentes ministros y presidentes se han enriquecido gracias al desvío de millones de dólares. A día de hoy, la fábrica todavía no ha producido ni un solo gramo de acero.

La inversión privada (local y extranjera) es esencialmente nula, por varias razones. Una es la ya mencionada existencia de inestabilidad política y militar, que genera una incertidumbre que ahuyenta la inversión privada. Otra explicación es que muchos países africanos no tienen un sistema de derechos de propiedad muy claro. Eso hace que sea complicado hacerse con el rendimiento de la propia inversión. Una tercera razón es que los países africanos no están muy abiertos al comercio internacional (a la globalización). Las barreras comerciales de todo tipo (entre las que destacan los elevados aranceles) hacen que los bienes de inversión sean muy caros: un ordenador que en Nueva York cuesta 1.000 dólares puede costar tres veces más en Zimbabwe o Lesotho. Volveré a hablar del tema de la globalización un poco más adelante.

Instituciones públicas

El cuarto gran problema de los países africanos son las malas «instituciones» y la terrible «calidad de sus gobiernos». Las *extensas burocracias* impiden la creación de negocios y dificultan el normal funcionamiento de las empresas, que son, al final del día, las únicas que acaban creando riqueza⁷. La ineficacia a la hora de *garantizar la ley y el orden* (que, desde Adam Smith, los economistas han considerado como fundamentales a la hora de generar progreso económico) limita la capacidad de muchos países de crecer y desarrollarse. La *corrupción rampante* ahuyenta a las empresas multinacionales y reduce la inversión directa extranjera (FDI). La *falta de propiedad privada* hace que infinidad de individuos se vean privados de la

7. En este departamento, las autoridades españolas no pueden sacar pecho. El último informe del Banco Mundial sobre el entorno empresarial demuestra que para establecer un negocio en España se necesita un promedio de 108 días. Eso la coloca en el puesto 133 de un total de 145 países, por debajo de burocracias tan exóticas como las de Perú, Zimbabwe, Ghana, Namibia, Honduras o Arabia Saudí, y muy por debajo del ridículo gobierno de la Isla de Tonga. La falta de flexibilidad burocrática es especialmente preocupante si se tiene en cuenta que España ha llegado al estado de desarrollo que se caracteriza por la innovación. La innovación suelen hacerla las pequeñas empresas. Las barreras impuestas a esas empresas, pues, tienden a ser barreras importantes para el desarrollo de países como España, que no podrán seguir progresando si no resuelven el problema de la innovación tecnológica.

capacidad de pedir prestado, crear negocios y prosperar. Todas estas *instituciones públicas* acaban imponiendo barreras al desarrollo y el crecimiento económico de las naciones. La pregunta es: ¿por qué el entorno institucional está tan deteriorado en África?

Una parte de la respuesta es climática y tiene que ver con la herencia colonial. Me explico; en las zonas tropicales (generalmente adversas a la salud del hombre blanco, debido a las enfermedades tropicales, entre las que destaca la malaria), los europeos construyeron instituciones dedicadas a extraer los recursos naturales⁸. La razón es que, cuando los colonos vieron que las avanzadillas militares y eclesiásticas que llegaron a África morían irremediablemente por culpa de los males tropicales, no intentaron construir países donde poder emigrar con sus familias. A esos países fueron, simplemente, a robar la riqueza natural. Eso contrastaba con los países fuera de los trópicos, donde el clima más benigno hacía posible la emigración de los colonos blancos y sus familias. En esos países, los imperios europeos desarrollaron instituciones que garantizaban el imperio de la ley y el orden, instituciones que fueron heredadas por los nuevos países independientes durante los años sesenta. Algunos analistas económicos argumentan que esa herencia colonial es un determinante importante de la calidad institucional africana en la actualidad.

Dejando de lado la hipótesis climática y la herencia colonial, los economistas sabemos poco sobre el origen y la formación de las instituciones que van mejor para el buen funcionamiento de una economía de mercado que fomenta el progreso y el bienestar. Sabemos, por ejemplo, que la existencia de recursos naturales tiende a generar una corrupción que no solo hace desaparecer la riqueza generada por los recursos, sino que reduce la producción de los sectores que más o menos funcionaban antes del descubrimiento del petróleo, los diamantes o el oro⁹. La corrupción de los gobiernos ha tenido una implicación adicional importante: la ayuda internacional ha sido robada o malgastada. Los miles de millones de dólares que fundaciones privadas o instituciones internacionales han dado para ayudar al desarrollo del continente negro han desaparecido dejando pocos rastros positivos.

Sabemos, también, que muchos países africanos sufrieron las consecuencias de la guerra fría y del intelectualismo de izquierdas imperante en los años sesenta, cuando se decía que la batalla entre el centro y la periferia se saldaba con victoria de los países pobres solo si se apuntaban al marxismo. Recuerdo que muchos de mis profesores en la universidad me explicaban una y otra vez que la planificación socialista era superior al capitalismo para los países pobres (para los países ricos no estaba claro, decían). La consecuencia de todo esto es que numerosos países africanos adoptaron sistemas de planificación central: desde Etiopía hasta Ghana, pasando por Tanzania, Benin o Mozambique, uno tras otro, los países africanos se dejaron deslumbrar por las promesas paradisíacas del socialismo. Y uno tras otro cayeron en las garras de dictadores del proletariado, quienes, en lugar de paraísos, trajeron gulags, persecuciones políticas, falta de libertar y, sobre todo, miseria. Mucha miseria.

Finalmente, a pesar de que hay algunas cosas que entendemos, también hay cosas que no sabemos por qué pasan. Por ejemplo, no acabamos de entender por qué Botswana ha funcionado muy bien, a pesar de haber descubierto diamantes. Por qué el rey Seretse Khama, que volvió del exilio al conseguir Botswana la independencia de Inglaterra en 1966, no quiso

8. Véase Acemoglu, Johnson and Robinson (2002). 9. En un reciente artículo, Sala-i-Martin y Subramanian (2003) proponen la distribución del dinero generado por la venta de esos recursos directamente entre la población, con el objetivo de eliminar los incentivos a los dirigentes políticos por robar la riqueza natural (específicamente, proponemos esa solución para el caso de Nigeria). Una vez que la riqueza está en manos de los ciudadanos, el gobierno puede gastar dinero solamente si pone impuestos a los ciudadanos (tal como les pasa a los países sin recursos, como España). Y, como es mucho más difícil robar el dinero a los ciudadanos una vez que está en sus manos, se espera que la corrupción se reduzca si el dinero de la venta de petróleo se reparte directamente entre la gente.

quedarse (ni que sus seguidores se quedaran) el dinero de las ventas de los diamantes, y por qué el rey instituyó una democracia civil y un sistema de protección social sin paralelo en África¹⁰. A veces, los destinos de un país dependen de maneras extrañas de sus líderes y nunca sabemos por qué algunos líderes se comportan como lo hacen.

Globalización

A diferencia de las asiáticas, las economías africanas están cerradas a las fuerzas (y, por lo tanto, a los beneficios) de la globalización. La globalización económica se podría definir como el libre movimiento de capital, trabajo, tecnología y mercancías. Que la globalización no ha llegado a África es patente: ni el capital extranjero invierte en el continente, ni sus ciudadanos pueden emigrar libremente a los países desarrollados (si emigrar fuera fácil, no arriesgarían sus vidas para cruzar el estrecho en peligrosas pateras), ni las tecnologías que tenemos en los países ricos acceden rápidamente al continente africano. Dicho esto, el problema más grave para los países africanos es la falta de apertura del comercio internacional. Por un lado, los europeos, norteamericanos y japoneses seguimos obsesionados con el proteccionismo agrícola en forma de elevados aranceles que impide que los países pobres tengan acceso a nuestros lucrativos mercados. Y lo que es peor, seguimos obsesionados con las subvenciones obscenas a nuestros agricultores (la *Farm Bill* americana pasará a la historia como el segundo programa económico más delirante de la historia de la humanidad, siguiendo muy de cerca a la Política Agraria Común Europea). Esos subsidios hacen que nuestros productos agrícolas no solo sean más baratos en Europa, sino también en África. Eso impide que millones de pequeños agricultores africanos tengan acceso a sus propios mercados y son obligados de esta manera a practicar la agricultura de subsistencia¹¹.

Si antes he dicho que una de las mejores maneras que los gobiernos de los países ricos tienen de ayudar a África es fomentar la investigación médica, otra manera importante es la erradicación del proteccionismo agrícola.

Una vez reconocida la culpa de los países ricos, los gobiernos africanos también tienen parte de culpa, porque tienden a olvidar una de las lecciones más importantes de la teoría del comercio internacional: «*aunque tus vecinos no abran sus mercados a tus productos, a ti no te interesa desagraviarte poniendo barreras comerciales a los suyos*». Tirar piedras contra tu propio tejado es irracional y el proteccionismo vengativo es como tirar piedras contra tu propio tejado. Y como hemos visto un poco más arriba, una de las razones por las que la inversión es tan reducida en los países africanos es que el precio de los bienes de capital es exageradamente alto. Entre las razones por las que el precio de los bienes de inversión es elevado están... ¿sorpresa? las barreras arancelarias impuestas por los propios gobiernos africanos para «castigar» a los países ricos por su nefasta política de proteccionismo agrícola¹².

10. Algunos analistas piensan que el hecho de que el rey se casara con una británica blanca cuando estudiaba en Londres cambió su manera de ver el mundo. Sobre todo cuando las autoridades sudafricanas le impidieron retornar a lo que entonces era el protectorado británico de Bechuanaland, porque el matrimonio entre un negro y una blanca era intolerable para los líderes del régimen del *apartheid*. Cuando Bechuanaland consiguió la independencia y pasó a llamarse Botswana, el rey Seretse Khama pudo regresar a su país, pero seguramente era una persona mucho más tolerante y democrática. 11. Las pérdidas que eso origina van mucho más allá de la pérdidas monetarias directas. Al no entrar en el círculo económico del mercado, los agricultores no se convierten en pequeños empresarios, no adquieren el consiguiente *learning by doing* y eso no fomenta los cambios económicos que se generarían si pudieran vender sus productos. 12. Otro aspecto a recordar es que los países que importan productos agrícolas — y que en general son los más pobres de los pobres — salen beneficiados por los subsidios europeos (ya que pueden comprar a precios mucho más baratos si compran productos europeos subsidiados) y que la eliminación de esos subsidios les perjudicaría, dado que tendrían que comprar productos agrícolas a precios más elevados. De alguna manera, la estupidez de los gobiernos europeos, norteamericano y japonés utiliza el dinero de los contribuyentes de sus respectivos países para subsidiar a los consumidores de los países pobres. Eso es bueno para esos consumidores, a pesar de que perjudica a los productores locales, que, en ausencia de esos subsidios, abastecerían a esos consumidores.

Finalmente, uno de los problemas más importantes para el desarrollo de las economías africanas es la educación. Los países de nuestro planeta que más rápidamente progresan (principalmente, los países asiáticos) han hecho esfuerzos monumentales, casi cinematográficos, para educar a su ciudadanía. La educación de la población es uno de los pilares fundamentales del proceso de desarrollo económico.

En estadios de desarrollo avanzados, la calidad de la educación universitaria y profesional es la que determina el éxito de un país. En estadios más primitivos, por otro lado, lo más importante es la educación primaria. Además de tener repercusiones económicas, la educación primaria tiene otro tipo de incidencias sociales. Por ejemplo, la educación de las niñas reduce el número de hijos, mejora la salud de esos hijos y disminuye la mortalidad infantil. Parece mentira, pero muchos de los problemas de salud que aquejan a las familias africanas se pueden prevenir con un poco de educación e información (el tétanos neonatal, por ejemplo, se causa al cortar la madre el cordón umbilical con algún instrumento oxidado; enfermedades estomacales que acaban con la muerte de los niños por deshidratación causada por diarreas se pueden evitar hirviendo el agua o la leche)¹³.

En las últimas décadas, el Banco Mundial ha invertido miles de millones en la construcción de escuelas, suministro de libros y materiales y de remuneración para profesores y maestros. La educación en muchos de esos países, sin embargo, no parece mejorar. Una explicación es que el factor más importante en la educación de los niños no es la escuela, ni los libros, ni siquiera los maestros: lo más importante es el tiempo que le dedican los propios niños. En este sentido, en amplias zonas de África no se han superado dos de las barreras que impiden que los muchachos y muchachas puedan ir al colegio. La primera barrera importante es que, en muchos países, los niños deben pagar una matrícula para poder ir a la escuela. A menudo son cantidades que no llegan a los 100 dólares. Esto, para ustedes y para mí no es una cantidad descomunal, pero, en zonas de África donde la renta per cápita es de 300, 500, 1.000 o 2.000 dólares, una matrícula de esa magnitud es prohibitiva para muchas familias (especialmente para las que tienen numerosas criaturas).

La segunda barrera es quizá más importante: muchos niños y niñas no pueden ir al colegio porque necesitan trabajar. Muchas familias pobres no pueden sobrevivir con la fruta que buenamente recolecta la madre o los mejillones que haya podido pescar el padre. Bajo estas funestas (aunque, desgraciadamente, comunes) circunstancias, los ingresos que genera el trabajo de los hijos pasan a ser un factor esencial. Y ¡sí!, todos entienden que, si el niño o la niña van al colegio y aprenden a leer, escribir, sumar y multiplicar y aprenden un oficio, sus posibilidades económicas futuras se van a multiplicar. Pero la familia no puede permitirse prescindir de los ingresos de los menores. Esa es, precisamente, una de las consecuencias de la pobreza.

Es más, recuerden que en África existen ahora 14 millones de huérfanos del SIDA. Niños sin padre y sin madre, cuya situación económica depende única y exclusivamente de su capacidad de ganar dinero. Y lo que es peor, a menudo esos niños tienen hermanos menores a los que tienen que alimentar. No son insólitos grupos de 6 o 7 niños y niñas formando familias cuya cabeza es el hermano de 12 o 14 años. Las necesidades inmediatas eliminan los incentivos que los niños tienen a ir a la escuela y los inducen a buscar trabajo.

Naturalmente, este problema no ocurre solamente en África. Muchos de nuestros abuelos también se vieron obligados a trabajar en el campo o en la industria incipiente a principios del siglo pasado. En la actualidad, millones de niños se ven obligados por las circunstancias a

13. Véase Dow, Philipson y Sala-i-Martin (1999).

trabajar para sobrevivir en países de Asia y de América Latina. Entendiendo este grave problema, el presidente Ernesto Zedillo, de México, diseñó hace unos años un inteligente programa llamado «Progresas». El objetivo era inducir a los niños más pobres de las regiones de Chiapas, Guerrero y Oaxaca a ir al colegio en lugar de trabajar. Para ello, el presidente Zedillo entendió que la única manera de conseguirlo era dar al niño unos ingresos alternativos, por lo que decidió pagar un salario a los niños que iban al colegio. No era una beca que se daba al empezar el curso. Era un salario: el niño no cobraba si no acudía a clase y su remuneración aumentaba a medida que iba mejorando sus notas y pasando de curso. El programa de Zedillo fue un éxito tan espectacular, que otros países lo empezaron a copiar.

África necesita un programa de esas características, porque es el continente en que menos niños se pueden permitir estudiar. Desafortunadamente, sin embargo, la corrupción y la incompetencia de sus gobiernos han hecho que las arcas públicas no tengan dinero suficiente para financiar este tipo de programas. Es más, los líderes políticos no están por la labor. Es por esto por lo que hace un año, un grupo de personas creamos la Fundació Umbele (www.umbele.org). En suahili, la lengua más hablada del este del continente, *umbele* significa «futuro». Umbele nació, pues, con el objetivo de ofrecer un futuro a África. La fundación canaliza dinero desde los países ricos (principalmente, Europa y Estados Unidos) hacia los ciudadanos africanos, intentando saltarse las burocracias corruptas de los gobiernos y caciques locales y sin el despilfarro que a menudo tienen las grandes ONG.

La idea es enviar el dinero a través de esa red de personas en las que todos confiamos y que ya están allí, sobre el terreno, dispuestas a sacrificar toda su vida por el bien de los más necesitados: se trata de los misioneros. Al aprovechar la ya existente red de misioneros, la Fundació Umbele no tiene casi gastos de administración (lo que la convierte en una organización bastante más eficiente que otras) y, al enviar el dinero directamente a las cuentas de los misioneros, se salta los potenciales burócratas corruptos.

Los misioneros utilizan el dinero para pagar un salario a los niños más pobres, a cambio de que, en lugar de ir a la fábrica o al campo, vayan a la escuela. A más notas, más salario. Y a medida que el chico o la chica pasa de curso, el salario se engrandece (junto con el coste de oportunidad de ir a la escuela). Resumiendo, la Fundació Umbele intenta reproducir en África, y de manera privada, un programa de educación infantil que funciona con el dinero del gobierno en otras partes del mundo e intenta hacerlo de la manera más eficiente posible. La Fundació Umbele cuenta ya con importantes colaboradores. El Banco SabadellAtlántico ha ofrecido pagar los costos de las transacciones financieras de enviar dinero a las escuelas africanas. Estamos colaborando con el Fútbol Club Barcelona y la Fundació Barça para crear escuelas, primero en Camerún y, quizá más adelante, en el resto del continente. Centenares de colaboradores anónimos nos están ayudando con sus diseños, sus aptitudes informáticas, sus consejos, sus aportaciones económicas y sus ayudas de todo tipo a que no muera la llama de la esperanza.

Desde nuestros hogares, atalayas privilegiadas que nos aíslan de la pobreza más extrema del mundo, no podemos arreglar todos los problemas de África. Ni siquiera podemos solucionar una pequeña parte de ellos. Hemos visto que los problemas son muchos y que su solución depende de lo que hagan los gobiernos de los países ricos, los propios dirigentes africanos y los líderes institucionales, políticos, sociales y empresariales de todo el mundo. Lo que sí podemos hacer es dar un poco de esperanza, un poco de futuro, un poco de *umbele* a algunas de las personas que más lo necesitan.

Y, hablando de futuro..., no hace mucho estaba en Lesotho intentando explicar a los niños y niñas de una escuela primaria de Mokhotlong que ellos eran el futuro del país, el futuro del continente. Una niña de 12 años que no llevaba uniforme, porque seguramente no lo podía pagar, levantó la mano y, con una sonrisa seductora, me dijo: «Profesor, quizá en su país los niños representen el futuro. En África, somos el presente».

Muchas gracias.

BIBLIOGRAFÍA

- ACEMOGLU, D., S. JOHNSON and J. ROBINSON (2002). «The Colonial Origins of Comparative Development: An Empirical Investigation», *American Economic Review*, 91, pp. 1369-1401.
- BARRO, R., y X. SALA-I-MARTÍN (2002). *Economic Growth*, MIT Press.
- BARRO, R. (1991). «Economic Growth in a Cross Section of Countries», *Quarterly Journal of Economics*, mayo.
- CASS, D. (1965). «Optimum Growth in an Aggregative Model of Capital Accumulation», *Review of Economic Studies*, julio.
- DOMAR, E. (1946). «Capital Expansion, Rate of Growth and Employment», *Econometrica*.
- DOW, W., T. PHILIPSON y X. SALA-I-MARTÍN (1999). «Health Investment Complementarities Under Competing Risks», *American Economic Review*, vol. 89, n.º 5, pp.1358-1371, diciembre.
- DOYLE, A. C. (1903). «El misterio de la casa vacía», *Aventuras de Sherlock Holmes*.
- EASTERLY, W. (2002). *The Elusive Quest for Growth*, MIT Press.
- HARROD, R. F. (1939). «An Essay in Dynamic Theory», *The Economic Journal*, marzo.
- KOOPMANS, T. C. (1965). «On the Concept of Optimal Growth», *The Econometric Approach to Development Planning*, North Holland.
- LUCAS, R. E. (1988). «On the Mechanics of Development», *Journal of Monetary Economics*, julio.
- MALTHUS, T. (1798). *Essay on the Principle of Population*.
- RAMSEY, F. (1928). «A Mathematical Theory of Saving», *Economic Journal*.
- RICARDO, D. (1817). *On the Principles of Political Economy and Taxation*, Londres, John Murray, 1821, tercera edición.
- ROMER, P. (1986). «Increasing Returns and Long Run Growth», *Journal of Political Economy*, octubre.
- ROSTOW, W. W. (1960). *The Stages of Economic Growth: A non-communist manifesto*.
- SALA-I-MARTÍN, X. (2000). *Apuntes de crecimiento económico*, segunda edición (primera edición, 1995), Antoni Bosch Editor.
- SALA-I-MARTÍN, X., G. DOPPELHOFFER y R. MILLER (2004). «Determinants of Long-Term Growth: A Bayesian Averaging of Classical Estimates (BACE) Approach», *American Economic Review*, septiembre.
- SALA-I-MARTÍN, X., y A. SUBRAMANIAN (2004). «The Nigerian Disaster», mimeo, Columbia University, septiembre.
- SCHUMPETER, J. (1942). *Capitalism, Socialism, and Democracy*.
- 开卷有益 (3.405 a. C.). “少壮不努力，老大徒伤悲。”，火烧不尽 春风吹又生.
- SMITH, A. (1776). *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, Methuen and Co., Ltd., ed. Edwin Cannan, 1904, quinta edición.
- SOLOW, R. (1956). «A Contribution to the Theory of Economic Growth», *Quarterly Journal of Economics*, febrero.
- SWAN, T. W. (1956). «Economic Growth and Capital Accumulation», *Economic Record*.